

FUNDAMENTOS IDEOLOGICOS DEL ANARQUISMO

Margarita Carbó / Facultad de Filosofía y Letras

Desde la aparición de los primeros sistemas de propiedad privada de los medios de producción, el factor más profundo de división de los hombres y de los grupos humanos, ha sido el de ser o no ser propietario. Poseer o no poseer tierras, rebaños, esclavos, metales, medios adecuados de transporte y de comunicación, máquinas.

Las diferencias de clase han sido fundamentalmente diferencias económicas, sobre las cuales se han vestido mitos, teorías filosóficas y religiosas, e incluso explicaciones "científicas" justificadoras.

Pero la Revolución Industrial, el empleo de máquinas y la concentración de obreros en los centros fabriles, hizo mucho más notoria, mucho más patética, mucho más obvia la realidad derivada de los sistemas de propiedad privada, es decir que tradicionalmente, pero desde fines del siglo XVII mucho más, el hombre carente de bienes de producción estaba en la necesidad de utilizar su fuerza de trabajo físico y en ocasiones intelectual, como mercancía. Su única posesión debía ser alquilada, y alquilada al dueño de los medios de producción de la riqueza. Las condiciones de trabajo han sido impuestas siempre por la clase propietaria y en los inicios de la Revolución Industrial, las condiciones impuestas a la clase obrera por la burguesía dueña de las máquinas, acaparadora de la materia prima, del comercio, de los metales y combustibles, son conocidas de todos. Creo que las corrientes modernas de pensamiento socialista, a pesar de los antecedentes que se puedan encontrar en épocas anteriores —utopías renacentistas, épocas de "oro", felices Arcadias, etcétera—, son fruto de la observación de esa nueva o recrudescida realidad social derivada de la industrialización. Desde los utopistas de principios del siglo XIX, hasta Marx y Kropotkin, tienen que entenderse a partir de esa base.

Las nuevas realidades sociales venían a modificar, a poner en crisis el papel, tradicionalmente revolucionario, de la burguesía. Como clase social de hombres libres y productores, la burguesía fue rebelde, alteradora del orden establecido desde su origen medieval hasta la Revolución Industrial.

Las grandes monarquías europeas que favorecieron su desarrollo económico impidieron a la burguesía el acceso al poder político y el liberalismo justificó filosóficamente sus luchas anti-feudales y anti-absolutistas. Por otra parte, la desaparición progresiva de la economía agrícola feudal le dio el dominio de las nuevas sociedades de tipo capitalista y por primera vez las posibilidades de aspirar en serio a la dirección política.

Los liberales, todos los sectores de la burguesía y los socialistas de las corrientes más diversas, actuaron juntos cuando el enemigo común del poder de la nobleza y de los reyes absolutos los obligaba a ello, pero a medida que los primeros fueron adquiriendo poder e influencia política, los campos se delimitaron de manera más tajante. La alta burguesía industrial y bancaria se fue volviendo más y más conservadora y el romanticismo revolucionario quedó como patrimonio de las clases trabajadoras.

La alta burguesía, amparada bajo las teorías liberales utilizó los principios, antes agresivos de la igualdad y los Derechos Naturales como armas defensivas de sus privilegios,

como armas conservadoras que justificaban su derecho a la acumulación de bienes y al predominio y que pretendían detener los embates cada vez más peligrosos de la clase obrera y de sus ideólogos.

Los anarquistas, como decía Bulnes refiriéndose al caso de México, hacían labor de “sangre y fuego” y a pesar de sus célebres actos de terrorismo, hicieron labor de “sangre y fuego” más con sus ideas que con sus bombas y atentados. ¿Por qué? Porque el anarquismo es antes que nada una teoría defensora de la libertad, de la máxima libertad para cada ser humano, para todos los seres humanos y porque la libertad no es posible para los hombres sometidos a dominio de otros hombres, dominio que se origina en las diferencias entre propietarios y no propietarios, entre capitalistas y obreros, entre hombres libres y esclavos, diferencias económicas de las que resultan diferencias de todas clases: de acceso a la educación, de cultura, de hábitos.

El anarquismo es en términos generales una doctrina enemiga del principio de la propiedad privada.

El hecho de poseer bienes económicos da a determinados hombres la posibilidad de someter, de dominar, de privar de su libertad a otros hombres y si el hombre lo es más en cuanto más libre, en cuanto más posibilidades tiene de realizarse a sí mismo en plenitud, aquel sistema que lo limita es necesariamente su enemigo.

La afirmación de Pedro José Proudhon: “la propiedad es un robo” es terrible porque fue lanzada a un mundo donde la clase dominante había hecho una verdad indiscutible del derecho a la acumulación ilimitada.

En la práctica resultaba que sólo unos cuantos ejercían este derecho natural y esos cuantos eran la alta burguesía. El resto del género humano estaba condenado a ser siempre un conjunto de aspirantes a la plenitud nunca alcanzada, a la frustración.

¿Un robo a quién? un robo a la sociedad, un robo a los demás, a los que poseen solamente su fuerza de trabajo. No roba el artesano que utiliza sus herramientas para vivir. Sí roba el propietario de una fábrica o un taller donde determinado número de personas producen beneficios que no corresponderán jamás al salario recibido. El mutualismo, sistema que Proudhon propone, acepta como principio la cooperación de los trabajadores sobre la base de la propiedad particular de las herramientas, o colectiva en el caso de las máquinas. Este mutualismo fue substituido más tarde por la concepción superior del colectivismo y posteriormente por el comunismo que se llamó libertario, para distinguirlo del comunismo autoritario de Marx. En el caso colectivismo, los trabajadores, posesionados de las máquinas, asumirán la dirección de las empresas; en esta etapa se habla de una participación en la distribución de los bienes, que corresponda al trabajo realizado. El comunismo se considera la etapa superior de la socialización y en él la idea es la de una distribución regulada por la necesidad y no por la participación en el trabajo. Esta etapa se alcanzará, por evolución, cuando los bienes de consumo se produzcan en tal cantidad, que permita la ausencia de restricciones que serán imperiosas al principio.

Para que todos tengan acceso a la plena libertad, es necesario el control sobre los elementos de la producción; nadie debe ser utilizado por nadie, por eso para los anarquistas, la propiedad colectiva de la riqueza, o de los medios de producir la riqueza, es imprescindible para alcanzar la “Justicia Social”, expresión predilecta de los teóricos del pensamiento socialista. ¿Cómo alcanzar esa justicia social, posterior a la colectivización de la riqueza? Los anarquistas no encontraron más camino que el de la revolución violenta, simultáneamente anti-capitalista y anti-estatal.

Las clases propietarias han contado, desde las épocas más remotas, con un aliado poderoso; con dos aliados poderosos. Miguel Bakunin, pilar del anarquismo colectivista y comunista, hace en su libro *Dios y el Estado* una asociación indisoluble entre desigualdad, injusticia, diferencias de clase y Estado. El Estado ha sido siempre el elemento de coacción, de dominio, de represión en manos de las clases propietarias. El Estado limita, anula la libertad de las mayorías, porque es una sustitución al servicio de las minorías; esclavistas, señores feudales, ricos burgueses, son los mismos con diferentes trajes. Las instituciones y las leyes condenan la desigualdad, protejen “el robo” de que habló Proudhon, lo legalizan.

La persecución de los actos y de las personas que intentan destruir ese orden desigual es parte del sistema, es medida elemental de defensa. A pesar de ello algunas corrientes, sobre todo las norteamericanas, centran el problema en torno al Estado, preconizan la “desobediencia civil” en una afirmación de individualismo frente al poder establecido y

hacen del problema económico un problema derivado de la falta de libertad.

Max Stirner es el exponente más importante del anarquismo individualista, que se basa en la oposición sistemática individual y colectiva, a la autoridad y defiende la agrupación voluntaria según las exigencias de cada situación; sin embargo, para la mayoría de los anarquistas, destruir el sistema de propiedad privada mediante la toma de conciencia y la organización por parte de los trabajadores es simultáneamente destruir el Estado, que en una sociedad sin clase carece de función, puesto que no hay ya nadie contra quién ejercer violencia represiva. Todos propietarios es igual a todos libres. La cooperación voluntaria debe substituir a la imposición.

Miguel Bakunin habla de una tercera fuerza negativa aliada del Estado y de la propiedad privada: las ideas religiosas. Las ideas religiosas a través de las instituciones llamadas iglesias, contribuyen como fuerzas "enajenantes" a privar al hombre de su libertad, ni "Dios ni Amo" decían los hombres de la Comuna de París en 1870. El sacerdote de cualquier religión es aliado, consciente o no, de los privilegios, porque mata en el hombre su mayor virtud: la rebeldía. El hombre disminuido ante la divinidad, impotente frente a ella, se vuelve fatalista y resignado. La promesa del premio posterior a la muerte física es el mayor aliado de la injusticia. Por eso Bakunin dice que el único personaje positivo de la mitología cristiana es el Demonio; el único rebelde el único que desafía el poder de Dios.

Sin rebeldes, la humanidad se encontraría todavía en la prehistoria; todos los mitos y explicaciones religiosas acerca del mundo y del hombre nos disminuyen porque nos quitan la capacidad de auto-valoración, nos arrebatan el control sobre nuestras fuerzas y capacidades, nos someten a un poder ajeno frente al cual no hay rebeldía posible. Las iglesias deben ser destruidas junto con el Estado y la propiedad privada, y la liberación de las gentes menos libres, más sometidas, menos dueñas de sí mismas será la liberación de todos porque: "Puesto que el proletariado, el trabajador manual, el peón, es el representante histórico del último esclavismo sobre la tierra, su emancipación es la emancipación de todo el mundo, su triunfo es el triunfo final de la humanidad." 1871.

Bakunin funda y divulga, con repercusiones mundiales, la forma predominante del anarquismo, el anarquismo colectivista que propone como objetivo final el anarco-comunismo, o comunismo libertario. El y posteriormente Pedro Kropotkin, defenderán la necesidad de confiar en la capacidad popular para la auto-gestión y de alcanzar la sociedad sin autoridades represivas, sin grupos de coacción, sin violencia, sin dogmatismos doctrinarios, sin elementos enajenantes de la libertad humana, inmediatamente después de la revolución popular, cuya violencia no será más que el resultado mínimo, de una violencia mucho mayor, continuada, pre-meditada, secular.

La fe en la bondad natural del hombre es una de las ideas que complementan el pensamiento anarquista. El hombre anti-social, corrompido, agresivo, no es el hombre "natural", el hombre natural es cooperativo y solidario; son la injusticia, la desigualdad y la opresión las que lo han cambiado. Para los anarquistas la delincuencia individual, incluso en los casos más sanguinarios, es esporádicamente producto de patológicas desviaciones mentales, pero normalmente es producto de toda esa delincuencia legalizada de que son víctimas los hombres. La sociedad desigual, clasista, explotadora, es la responsable de las manifestaciones aisladas de violencia con que determinadas personas responden a la violencia permanente de que son víctimas.

El terrorismo, los atentados personales, los delitos políticos responden a las mismas causas, aunque de una manera más consciente y la responsabilidad de tales hechos no es del que los comete sino del que los provoca.

El hombre liberado por el acto revolucionario, dueño de su vida y de su libertad, capaz de colaborar en una obra común, rescatará su identidad, se despojará de la máscara, que diría Octavio Paz.

Cada individuo, idea básica desarrollada por Kropotkin, es heredero de todo el pasado histórico, y los conocimientos, la cultura, los elementos que permiten la producción de bienes, son patrimonio colectivo del hombre. Nadie puede atribuirse el derecho al disfrute exclusivo. Por otra parte, la producción es obra común porque ¿qué campo produciría sin campesinos?, ¿qué fábrica se movería sin obreros? La cultura es herencia común, el trabajo se realiza en común, sólo el consumo es individual, sólo unos cuantos se benefician de lo que es de todos. La injusticia de esta situación es patente, no necesita ampararse en interpretaciones científicas de la historia.

A los anarquistas molesta la palabra masa aplicada al pueblo, a los grupos humanos. La

masa sí necesita líderes, nuevos sacerdotes como el señor Marx, diría Bakunin, pero un grupo de hombres conscientes de lo que quieren no necesita líderes, porque cada uno de ellos es su propio líder.

Marx y los anarquistas —Proudhon, Bakunin, Kropotkin— sostuvieron, por escrito y de palabra una polémica constante en torno al problema de la organización postrevolucionaria. La sociedad sin gobierno, la anarquía, es la última meta teórica también para los comunistas autoritarios, que consideran indispensable, sin embargo, el paso transitorio por la dictadura del proletariado. Para los anarquistas, la idea de un nuevo gobierno represivo es la negación misma de la lógica revolucionaria y es una contradicción con el objetivo mismo de la lucha.

Para los comunistas, una vez desaparecido el peligro de una contrarrevolución burguesa, una vez consolidada la propiedad colectiva de los medios de producción, el Estado proletario desaparecerá también por falta de función y será enviado al museo de antigüedades al lado de la rueca y del hacha de bronce, dice Lenin, pero ¿no es más utópico esperar que los dirigentes del Estado proletario decidan voluntariamente el término de su mandato, de su papel de jefes, que confiar en las capacidades de organización, de autogobierno, del pueblo?

Para Bakunin, la dictadura de la clase que sea, sólo puede traer consigo falta de libertad y ésta, la libertad, sólo puede alcanzarse por el camino práctico, mediante el ejercicio de la misma.

El poder es corruptor y los dirigentes de esta supuesta dictadura del pueblo no serán la excepción. Cualquiera que tenga autoridad sobre los demás, aunque haya llegado al poder con las mejores intenciones de cambiar el mundo desde arriba, será víctima de la soberbia y hará víctimas de su situación de privilegio, a todos aquellos que hayan confiado en él y hayan desconfiado de sí mismos. “Pretender que un grupo de individuos, incluso los más inteligentes y mejor intencionados sean capaces de convertirse en el pensamiento, el alma, la voluntad directriz y unificadora del movimiento revolucionario y de la organización económica del proletariado en todos los países, es una herejía tal contra el sentido común y contra la experiencia histórica, que uno se pregunta con asombro, cómo un hombre tan inteligente como Marx ha podido concebirla.” (Carta al periódico *La Liberté*, 1872.)

Revolución liberadora, control de los medios de producción por parte del pueblo, libre organización, ayuda mutua, solidaridad, armonía en las relaciones humanas. Absoluto respeto al pensamiento, a la expresión individual, a la libertad completa. La libertad completa igual para todos, entendiendo que la libertad de cada uno, termina donde empieza la libertad ajena.

Los anarquistas han sido identificados con el desorden, con el caos, pero ellos sostienen que el desorden, el caos, es justamente la sociedad clasista donde cada uno tiene al resto de los hombres por enemigos; donde el egoísmo rige las relaciones entre los hombres, incluso los de la misma familia muchas veces; donde la lucha por subsistir, por mantenerse a flote, es a muerte; donde la desigualdad hace necesarias las cárceles, las fuerzas policíacas, los ejércitos, los códigos penales.

Una sociedad donde la justicia distributiva y la máxima libertad individual, donde las posibilidades de desarrollo integral de cada uno fueran reales; donde todos tuviéramos la satisfacción de sentirnos parte activa creativa, viva para nuestro beneficio y para el beneficio común; esa sociedad sin autoridades represivas, sin Estado —policía, es, según frase del geógrafo y revolucionario francés Eliseo Réclus, “la máxima concepción del orden”.

